

A. ALLÒ QUE EN JOAN VA DIR: EXCLOSOS I AGREDITS. LES EXIGÈNCIES DE LA SOLIDARITAT

***Ya no exportamos mano de obra barata,
¡la importamos!***

Nuestro país tiene una larga experiencia de trasiego de mano de obra barata. Nuestras migraciones internas de la década de los cincuenta y sesenta, por poner sólo un ejemplo, fueron un auténtico comercio de esa mano de obra. Zonas rurales de Andalucía, Extremadura, Castilla, Galicia... que se despoblaban emprendiendo la larga marcha en busca de trabajo y de pan. Catalunya, Madrid, País Vasco y otros sitios más industrializados o de creciente turismo (Baleares) fueron las zonas receptoras. Es una historia amarga vivida por millones de españoles, obligados a dejar sus tierras. Historia que, en buena medida, todavía perdura. Otros, más o menos “afortunados” (?), experimentaron el sabor amargo de tierras más extrañas. Inmigrantes españoles en Europa que saben mucho de desprecio, de derechos pisoteados. ¡Cuántas luchas han protagonizado nuestros compatriotas en Alemania, Francia, Bélgica, Suiza... para defender sus derechos y ser tratados de igual a igual!

El hecho es que nuestro trasiego interno y externo de mano de obra barata fue disminuyendo y empezamos a descubrir que también nuestro “desarrollo” necesitaba el trabajo fresco y barato de inmigrantes extranjeros, vinieran de donde vinieran.

Sabíamos que esa mano de obra tenía necesidad de trabajar y aportaba, además, una fuerza acumulada que nada había costado a nuestra economía, mano de obra silenciosa y dócil dispuesta a cualquier cosa, incluso a los trabajos que muchos de nosotros ya no queremos. Esa es la cruda realidad. Los números y los hechos hablan por sí solos. Veamos quiénes y cuántos son, de dónde vienen, cómo viven, qué exigen y qué les damos nosotros.

TEXTOS DE:
**EXCLUIDOS Y AGREDIDOS. LOS INMIGRANTES
EXTRANJEROS ¿NO SON HOMBRES?**

Data de referència: gener de 1990.
Codi arxivístic: ACBL50-164-T2-1609

***Una población productivamente inútil: una
población sobrante***

A ese mundo es al que ahora nos estamos refiriendo y a él vamos a dedicar nuestra atención. No lo olvidemos, son millones de hombres y mujeres que no cuentan, precisamente porque el Primer Mundo no necesita de ellos. En palabras de F. Hinkelammert, «se trata de una población sobrante. Es una población productivamente inútil, sobrante».

Hasta ahora buena parte del Tercer y Cuarto Mundo ha sido utilizado productivamente por la mano de obra barata y por el aprovechamiento y exportación de ciertas materias primas. Pues bien, tanto la mano de obra como las materias primas, han dejado de ser objetivos estratégicos en no pocos casos. La sustitución de materias primas por productos sintéticos, la utilización de la clonación para determinados productos agrícolas (aceite de palma, por ejemplo) que pueden ser cultivados en zonas no necesariamente cálidas, son ejemplos de lo que estamos diciendo.

Por otro lado, la innovación tecnológica está teniendo como consecuencia que industrias que eran explotadas intensivamente en el Tercer Mundo en razón de su mano de obra barata, en no pocos casos son ahora repatriadas a las propias metrópolis. La razón es clara: el desarrollo de las Nuevas Tecnologías hace innecesaria la mano de obra no cualificada a causa del desarrollo de la microelectrónica en la robótica, en la ofimática o en la informática. Esto vale, también, para la biotecnología (clonación, inseminación, genética, química sintética...). Las consecuencias de estos procesos productivos son espectaculares e imprevisibles. Y no será el Cuarto Mundo quien vaya a beneficiarse de ellos. Tanto por la ausencia total de los propios recursos sino porque para ellos la transferencia tecnológica está fuera de toda previsión.

Todo esto quiere decir que el valor estratégico que tenían muchos países del Tercer y del Cuarto Mundo, por sus recursos naturales o por el tipo de mano de obra, ha dejado de existir.

Paradójicamente, sin embargo, parte de ese Cuarto Mundo, y buena parte del Tercero, todavía continúan siendo “rentables”. Del Cuarto Mundo se necesitan sus mares, su aire, sus tierras, como basurero “para sus basuras venenosas” (véase F. Hinkelammert, op. cit.), y continúan necesitándose algunas de sus materias primas. Pero sus

hombres y sus mujeres se transforman en una población que deja de ser necesaria. Se trata de una población que no debería ni existir.

[...]

Una población sin voz y sin poder

No me resisto a reproducir algunas de las frases de F. Hinkelammert. «En realidad el desarrollo técnico tiene un carácter que no permite explotar a esta población. La estructura del capitalismo es tal que ya no puede explotar a la población mundial [...]. Es una población vista como superpoblación que no debiera siquiera existir, pero que allí está. Este capitalismo no tiene nada que ver con el destino de esta población».

No podemos olvidar, tampoco, el hecho de que el Segundo Mundo (los países del socialismo real) ya no están en condiciones de ayudar al Tercer Mundo tal como en determinados casos, muy limitados ciertamente, venían haciendo.

Nos encontramos, pues, ante una situación que golpea doblemente a los hombres y mujeres de ese Cuarto Mundo. Por un lado, no tienen acceso al trabajo, porque no hay trabajo. Por otro, tampoco tienen el carácter de parados, porque nunca han trabajado ni van a trabajar. Y esta doble situación transforma a la población en una población que ni siquiera puede ser considerada como explotada porque nadie les explota. «Aparece una situación en que la población ya no puede ser usada para la explotación capitalista y donde no hay ninguna intención de usarla ni ninguna posibilidad de hacerlo en el futuro. Surge un mundo en el cual se convierte en un privilegio el ser explotado».

Utilizando el análisis marxista sobre la explotación de la clase obrera llegamos a una conclusión sumamente grave: el Tercer Mundo más pobre, el Cuarto Mundo no existe ni siquiera como clase explotada, porque no hay explotadores. ¿Qué es

lo que hay, pues? La “no-clase”. Una categoría humana que no existe, que no tiene voz, que no tiene derecho ni a hablar ni a protestar, que no puede organizarse, que no puede ir a la huelga, que no puede negociar, que no puede amenazar. En definitiva, es una población sin poder. Los “proletarios ya no pueden unirse”.

Decía que estamos llegando a una conclusión sumamente grave: el análisis al que me he referido pone en cuestión nuestra relación con el Tercer y Cuarto Mundo y, sobre todo, pone en cuestión la posibilidad de desarrollo de los países sin capacidad de negociación y sin posibilidad tan siquiera de ser explotados. Más aún, el único instrumento de desarrollo para esos países sólo podría encontrarse si el orden internacional imperante (el orden americano) permitiese un desarrollo “relacionado con el mercado mundial”, en base a una división internacional del trabajo, justa e igualitaria. Que a esto no están dispuestos los países ricos es más que evidente. Luis de Sebastián ha hecho ya referencia en su ponencia a esta contradicción, y esto me libera de extenderme sobre ello.

[...]

A la luz de lo dicho quisiera sólo hacer tres breves indicaciones:

1. Constatamos que la migración Sur-Norte es un hecho irreversible, por lo menos en el caso de la Comunidad, que es el que ahora tratamos. Estudios de prospectiva nos hablan de más de dos millones de migrantes del Magreb que entrarán antes del 2000 en la cuenca mediterránea (especialmente entre Nápoles y Almería).
2. Constatamos el aumento de xenofobia y racismo y de trabas legales y políticas por parte del Gobierno (Ley de Extranjería, Decreto de Regulaciones y de repatriación familiar, el Estrecho nuevo muro de Berlín: España gendarme de Europa).
3. La única respuesta posible es la puesta en práctica de políticas activas de integración étnica, social y económica, el reforzamiento de modelos de presencia pluriétnica,

cultural y religiosa, y la asunción real por parte de todas las formaciones políticas democráticas y de las instituciones culturales y educativas de valores de solidaridad.

Esta tercera indicación nos lleva a afirmar que una política como la que propugnamos, sólo tendrá cabida a través del modelo socialista democrático y emancipatorio al que nos vamos a referir en seguida.

[...]

Exigencias para un socialismo emancipatorio

Al comenzar esta última parte asumimos, de entrada, este desafío: ¡es la hora de actuar!, y esto en coherencia con la tesis presentada al comienzo de mi reflexión: El desarrollo y la construcción de un socialismo emancipatorio y democrático es el camino indispensable para ofrecer soluciones válidas y eficaces frente a las contradicciones Norte/Sur.

Durante la exposición que acabamos de hacer, hemos llegado a tres conclusiones que, a mi modo de ver, son ampliamente aceptadas, por lo menos las dos primeras y, en buena medida y con matizaciones, como en seguida explicaré, también la tercera:

1. El modelo del socialismo del Este que acaba de derrumbarse no puede ofrecer soluciones a las contradicciones Norte/Sur.
2. El pancapitalismo, emergente a través de una economía capitalista de mercado (el “Orden Americano”), y en virtud de su propia “racionalidad” económica, se desentiende de la suerte de los países del Tercer y Cuarto Mundo, y éstos se encuentran cada vez más aislados y desamparados.
3. Las alternativas que en los últimos años han servido de modelo a las socialdemocracias de occidente se han encontrado con problemas de identidad y de coherencia en general y, de forma muy particular, en todo aquello que se refiere a las contradicciones Norte/Sur o al diseño de modelos alternativos de desarrollo.

Los modelos socialdemócratas: crisis y ambigüedades

El eurodiputado socialista francés Max Gallo, en su Manifiesto para un oscuro fin de siglo, 1991 (p. 244 y ss.), nos recuerda que las socialdemocracias han visto confirmadas sus críticas al bolchevismo, han respetado y ampliado los principios democráticos, la protección social, las libertades sindicales y defendido los derechos del hombre en las metrópolis capitalistas donde gobernaban.

“Pero todo puede ser, en cada instante, discutido, erosionado, anulado, porque el acceso al poder de los socialistas democráticos no ha conseguido jamás durante este siglo romper con las lógicas del beneficio [...]. Con matices no han impedido nada, han justificado y legitimado todo. Y a una década del año 2000, tanto las sociedades desarrolladas que han gobernado o gobiernan todavía (así, por ejemplo, Francia y España) como el Tercer Mundo, han sido modelados por la lógica capitalista del sistema, con los efectos inhumanos (¡40.000 muertes diarias de niños!) que se conocen [...].”

“Han inventado el ‘liberalsocialismo’, es decir, propósitos sociales y una sumisión total a las leyes del mercado. De este modo es el sistema mundial capitalista el que ha integrado a la mayor parte de los socialistas democráticos [...]. Pero ya hoy, y todavía más en los próximos años, no podrá sostenerse ese discurso adaptador y anestesiante. No debe y no deberá seguir existiendo” (subrayado propio).

[...]

El necesario socialismo del futuro frente a las contradicciones Norte/Sur

Otros, entre los que creemos encontrarnos nosotros, no estamos dispuestos a aceptar que las causas que dieron origen a los intentos emancipatorios de los últimos años hayan desaparecido. La pobreza continúa extendiéndose, las contradicciones Norte/Sur continúan poniendo de manifiesto motivos más que suficientes para proclamar que la

Historia no ha llegado a su fin. Todo lo contrario: en unos momentos en que el Tercer y Cuarto Mundo se ven empujados paulatinamente al aislamiento del interés mundial, es más necesario que nunca contribuir, con carácter urgente, al desarrollo de un socialismo auténticamente emancipatorio.

Dicho con otras palabras, no estaría de más hacerse eco del pensamiento del viejo Hegel, de la antigua dialéctica, no para proclamar la nueva síntesis de Fukuyama sobre el triunfo del capitalismo como desenlace del final de la Historia, sino para volver a proclamar otro momento dialéctico de una nueva síntesis que supere a las viejas ideologías en favor de una solidaridad real e imaginativa. Pero ¿hay realmente espacio para el socialismo emancipatorio? ¿Hay espacio para un proyecto comunista, basado en el socialismo democrático, en los valores éticos de libertad y de pluralidad, no en la planificación burocrática y en el socialismo estalinista?

[...]

La aparición y desarrollo de nuevos movimientos sociales (ecologismo, pacifismo, feminismo, calidad de vida, desarrollo de formas de ocio creativo y de tiempo libre, recuperación de experiencias espirituales modernas y clásicas...) son, en buena medida, las consecuencias de una nueva conciencia moral que va más allá de las contradicciones creadas por las relaciones sociales de producción. Las nuevas contradicciones fruto de nuevas relaciones sociales explican, indudablemente, las dificultades para reconocer el nombre comunista o socialista en una identidad ético-política, basada hasta ahora, casi exclusivamente, en la cultura del trabajo y en las simples relaciones sociales de producción.

«Por fortuna la idealidad emancipatoria del presente es más concreta en contenidos programáticos y más plural que la de principios de este siglo. Hoy esa concreción se traduce políticamente en su capacidad para abordar no sólo la opresión política y la explotación económica: es también capaz de percibir la estructura sexista de opresión social que pasó casi inadvertida en el

pasado; y la depredación de la naturaleza —tras décadas de ciega confianza en el crecimiento económico y el industrialismo—; capaz de comprender los mecanismos de empobrecimiento de las poblaciones del Sur del planeta por la economía y los modos de vida del Norte —no meramente de creer en el imperialismo—; de poner en cuestión la militarización y la violencia como medios de resolución de antagonismos. La pluralidad se traduce en el laicismo político-intelectual de la tradición emancipatoria renovada. Que permite, por igual a las personas que se insertan en ella, inspirarse en Marx, en Gandhi, en Bakunin o en Jesús Nazareno». (Todos los subrayados son de la redacción de *Mientras Tanto*).

Las palabras que acabo de citar no necesitan de mayor explicación. Ellas nos ayudan, sin embargo, a confirmar nuestro argumento fundamental. La aparición de las nuevas contradicciones sociales encuentran su máxima expresión en las contradicciones Norte/Sur.

Así como todos estaríamos de acuerdo en afirmar que las desigualdades sociales del siglo XIX explican la aparición del marxismo, «la tremenda desigualdad mundial existente ahora hará nacer otro

intento de juntar la explicación del mal social con la exigencia de cambiar el mundo de base. El instrumento científico y técnico para esto empieza a estar a punto».

«¿Qué nombre se pondrá al nuevo intento? ¿Seguirá llamándose a esto marxismo? No lo sé, ni creo que el nombre sea lo que más importa. Nuestros jóvenes llaman insumisión o desobediencia civil (los subrayados son del autor) al espíritu de rebelión que está en los prolegómenos de la nueva tentativa; los campesinos latinoamericanos llaman a la nueva cosa (híbrido de marxismo crítico y de cristianismo inspirado en el Sermón de la Montaña) teología de la liberación (el subrayado es del autor). Nombres tal vez parciales y, sin duda, prematuros. Pero lo que importa es el concepto; lo que importa es que también ahora hay argumentos a favor de un punto de vista que no sea solo y dogmáticamente liberal» (véase Francisco Fernández Buey, “Algo más que liberales”, en *El País*. 3 de enero de 1992).

TEXTOS DE:
**NORTE-SUR: EXIGENCIAS SOLIDARIAS PARA
UN SOCIALISMO EMANCIPATORIO**

Data de referència: 14/4/1992.
Codi arxivístic: ACBL50-164-T2-1684

B. LAS MIGRACIONES EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN. RECONOCER, REPRESENTAR Y REDISTRIBUIR

Gabriela Poblet Denti

Ya no exportamos mano de obra barata, ¡la importamos!

Hace exactamente 50 años, en 1973, una sutil diferencia demográfica marcaba un hito histórico: España pasaba de ser un país de emigración a ser un país de inmigración. No era un año cualquiera. La llamada “crisis del petróleo” provocada por el aumento del crudo por parte de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) y la huelga de la Ford en Colonia cambiarían la economía mundial y el modelo productivo para siempre. El golpe a Salvador Allende en Chile también marcaba otro rumbo político: la esperanza de consolidar la socialdemocracia en América Latina —¿y tal vez en todo el mundo?— fue avasallada con el bombardeo en La Moneda y la represión.

En España, el dictador todavía no había muerto y aún no se hablaba tan abiertamente de la necesidad de una “transición democrática”, pero, en 1973, aquella España aislada de la posguerra y de la industrialización tardía ya había quedado atrás. También habían quedado atrás aquellas imágenes de barcos repletos de españoles rumbo a las Américas, huyendo primero de la pobreza y luego de la guerra y de la dictadura en busca de libertad. Y también aquellas imágenes de trenes y autobuses que llevaban a las familias de las zonas rurales de Andalucía, Extremadura y Galicia hacia las ciudades industriales de Catalunya, Madrid y el País Vasco en busca de trabajo y de pan. Como decía el mismo García-Nieto, los españoles siempre supieron lo que era emigrar y reconstruir el hogar en una tierra extraña. En México, en Cuba, en Venezuela, en Chile y en Argentina organizaron sus propios centros culturales, entidades de ayuda mutua y casales, y tejieron sus redes, construyeron sus clubes y hasta sus propios bancos y escuelas. También se organizaron en Europa, desde las fábricas de Alemania, Bélgica y Francia, y en los barrios populares de las grandes ciudades. ¡Y también en los áticos de los barrios ricos! Como lo hicieron las españolas que limpiaban casas en París. Fueron hombres y mujeres españoles que conocieron el desarraigo y experimentaron el desprecio y

el racismo, pero también la lucha y las reivindicaciones de todo inmigrante que busca recuperar su dignidad y su pertenencia.

Pero en 1973 todo cambió, y Joan N. García-Nieto intuyó, observó y comprendió de inmediato aquel cambio, que años más tarde resumiríamos con el concepto de “globalización”. El modelo productivo estaba mutando en todo el mundo, los salarios bajaban y la destrucción de empleo se iba acelerando. El cambio del patrón-oro después de la crisis del petróleo nos sumió de lleno en una economía financiera que dio pie a una progresiva deslocalización de empresas, y las potencias mundiales de ese mundo que se había autollamado “desarrollado” pasaron poco a poco a ser parte de una retórica o se quedaron en un imaginario que alimentaría los guiones de películas de Hollywood.

Si precisamente fue el proceso de industrialización que en un tiempo impulsó a millones de españoles a emigrar a otras tierras, a partir de los años setenta fue un proceso de desindustrialización lo que obligó, de alguna manera, a recibir población de tierras lejanas. ¡Quién hubiera dicho que aquel pasaporte que llevaban los abuelos y abuelas al bajarse en los puertos de Buenos Aires, Montevideo, México o Venezuela, se convertiría en una especie de llave de un supuesto “primer mundo” de trabajo y divisas para sus nietos y nietas! España necesitó de ese “trabajo fresco y barato”, que decía García-Nieto, esa fuerza acumulada que además nada había costado a nuestra economía. Llegarían miles y miles de jóvenes formados de todo el mundo a trabajar principalmente en la agricultura, la construcción, la hostelería y el servicio del hogar. Pero vayamos por partes, porque como bien supo ver García-Nieto ya en aquel momento —todo un visionario—, las cosas no se dan por casualidad, sino que son parte de todo un engranaje internacional donde intervienen factores económicos, políticos, sociales y culturales.

En los años cincuenta, sesenta y setenta, España ya recibía población, aunque no se reflejaba en su saldo migratorio: élites o estudiantes de Marruecos y de Guinea Ecuatorial, matrimonios mixtos que volvían de Cuba o de Venezuela... y exiliados de las dictaduras del cono sur. No eran precisamente migraciones a las que la academia llama “económicas”, pero se iban asentando y poco a poco constituyeron cadenas de familiares y amistades. También Filipinas ya comenzaba a enviar sus primeras trabajadoras, reclamadas por una burguesía que se estaba quedando sin servicio doméstico. El dictador Marcos del país asiático impulsó un gran plan de acuerdos de exportación masiva de trabajadores para solventar la economía del país con las divisas que enviarían, y en los aeropuertos de Madrid y Barcelona aterrizaron las primeras filipinas, muchas maestras u obreras, que se pusieron uniforme y cofia para servir, algo que estaban dejando de hacer las mujeres españolas. Luego harían lo mismo mujeres dominicanas, de Perú y de Colombia, en cuyos países la crisis había destrozado las economías locales y el empleo. Y también mujeres marroquíes se pusieron a fregar los suelos de viviendas de familias españolas, viviendas que sus maridos habían ayudado a construir colocando ladrillos de sol a sol.

A finales de los ochenta, el cambio en España se notó aún más. La demografía no solo indicaba el saldo migratorio positivo (más inmigrantes que emigrantes) sino también un progresivo envejecimiento y descenso de la natalidad. El mayor acceso a la educación superior de las mujeres y de las clases populares en general y una mayor valoración del ocio fueron también importantes indicadores de los cambios sociales y culturales que se produjeron a raíz de los cambios económicos y políticos. Pero el hito en las migraciones internacionales —que Nepe vivió— fue la entrada de España en

la por entonces Comunidad Económica Europea en 1985, que obligó, entre otras cosas, a elaborar la llamada Ley de Extranjería.

Las migraciones internacionales produjeron siempre paradojas y contradicciones. Pero las migraciones de la globalización, aún muchas más. Con la caída del muro de Berlín se abría una frontera y parecía que el mundo era uno solo, pero no. La realidad fue que desde entonces los muros y barreras entre países —y también entre barrios!— se multiplicaron. Europa tumbó sus fronteras internas y construyó una gran fortaleza, un gran muro en común, simbólico y también material, que clasificó a la población de todo el mundo en dos: comunitarios y extracomunitarios. Los comunitarios, los portadores del pasaporte granate, podían circular por el territorio obviando algunas colas, sellos y preguntas; y los llamados extracomunitarios se tendrían que apañar para entrar a la gran fortaleza, según la discrecionalidad de las políticas de visados o la necesidad de mano de obra del Mercado, o bien según les permitieran sus propias cuentas corrientes. España necesitaba inmigración, necesitaba mano de obra. Estaba asomando la cabeza entre un grupo de países “selectos” y potenciaba las industrias emergentes del ladrillo y el turismo. Pero a la vez, con la firma del Tratado de Schengen en 1991 y luego con el Tratado de Maastricht en 1992, España se convertiría también en una de las guardianas de la fortaleza, junto a otros países mediterráneos. La maldita geografía obligó a España a vigilar ese estrecho de tan solo 14 kilómetros que la separaba del continente africano. España no miraba hacia África, pero la vigilaba, la llamaba, la necesitaba para trabajar, y luego la dejaba tirada en sus costas. Pero ni los radares ni los sistemas de seguridad cada vez más sofisticados que se instalaron en el mar pudieron impedir que la gente del otro lado quisiera venir. Y los viajes se hicieron más largos y peligrosos. Quienes sobrevivían y luego sorteaban los vericuetos de la Ley de Extranjería, se instalaban con los suyos en las ciudades y se ponían a colocar ladrillos, a recoger cosechas, a servir cafés o a fregar suelos. Los inmigrantes se convirtieron en los nuevos obreros, aunque no reconocidos como tal.

Una población productivamente inútil: ¿una población sobrante?

En 1990, García-Nieto ya se preguntaba sobre la exclusión de estos hombres y mujeres que cruzaban el estrecho y “el charco”, como se dice en América Latina. ¿Son acaso hombres, personas? ¿Son excluidos o son útiles? En palabras de F. Hinkelammert, decía García-Nieto, se trataba de una «población sobrante, una población productivamente inútil, sobrante». En efecto, con el cambio de modelo productivo, aquellos hombres y mujeres del llamado Tercer y Cuarto Mundo ya no hacían falta. La sustitución de materias primas por productos sintéticos, la innovación tecnológica y la biotecnología, y también la sobreexplotación de recursos como la pesca y la destrucción de economías locales, hizo que estos hombres y mujeres fueran “sobrantes”, excedentes.

Sobraban. Sobraban los jóvenes marroquíes padres de familia que nunca pudieron ser obreros. Sobraban los campesinos del Rif. Sobraban los peruanos y ecuatorianos antiguos comerciantes con sus negocios y tiendas en quiebra. Sobraban los campesinos y obreros en República Dominicana donde cerraban las azucareras, y en Colombia, donde el salario por cosechar la planta maldita del café ya no alcanzaba para alimentar a la familia. Sobraban los pescadores senegaleses porque ya no había nada que pescar y en su mar había barcos de otras nacionalidades. Sobraba la gente

acumulada en las grandes metrópolis de América Latina, donde las industrias pesadas que daban trabajo nunca llegaron, el asistencialismo no alcanzaba y la miseria tomaba las calles. Y, sobre todo, sobraban las mujeres. En las fábricas y maquilas de las zonas francas, con 25 años ya las consideraban viejas para explotarlas. Sobraban como mano de obra, pero con varios hijos que alimentar y sin hombres que trajeran el pan.

Sobraban y eran expulsados. A veces de forma estratégica mediante acuerdos de los propios gobiernos, como el de Filipinas, que organizó la exportación de su propia mano de obra. Y a veces la propia economía se ocupaba de expulsar, subiendo la inflación, recortando salarios, con ajustes estructurales y más adelante con corralitos financieros. En la década de los ochenta, conocida como la “década perdida” en América Latina, la pobreza se duplicó y la clase media se redujo a la mitad. Todo iba a pagar la deuda que había quedado tras la crisis del petróleo. Y en la década de los noventa, siguiendo las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional, se impusieron las privatizaciones y la reducción de la escasísima política social, lo que condujo a más desempleo y precariedad. Y todo esto pasaba no solo en América Latina, países de África o Filipinas. En la Rumania postsoviética —país que también exportaría gran cantidad de mano de obra hacia España—, las reformas de carácter neoliberal tampoco satisficieron las expectativas. La liberalización económica trajo cierre de empresas, incremento del desempleo, inflación y una pérdida de poder adquisitivo en un 50 %.

Sobraban, eran expulsados y España los llamaba. Los necesitaba como mano de obra, tal como predecía García-Nieto. Pero también los llamaba, los atraía, porque España se había instalado en sus vidas. Ellos y ellas vinieron porque España ya estaba allí. No solo por ser sus excolonias, con el idioma castellano y el gusto por la tortilla de patatas. Tampoco solo por la referencia de los abuelos y abuelas que habían bajado de los barcos y llevaron sus sabores, su música y su teatro. Se trataba de un desembarco, sí, pero de otro tipo: el llamado “segundo desembarco” de empresas multinacionales de capitales españoles, fomentado por las privatizaciones y la desregulación económica. En este desembarco destacaron grandes empresas españolas como Telefónica, Agbar, Repsol, Endesa, Unión Fenosa, entre otras. Y también grandes corporaciones financieras como el BBVA o el Santander se instalaron comprando decenas de bancos que antes eran nacionales. De un momento a otro, en la mayoría de los países de América Latina y también de África, la población oyó que el agua, la luz, la telefonía, el gas y también el petróleo “eran españoles”. Y mientras las tarifas de los servicios básicos aumentaban, aumentaba también el imaginario de una España consolidada en el llamado “primer mundo”, un lugar de bienestar donde la gente llegaba a fin de mes, se compraba pisos, y salía de copas y de vacaciones. Un primer mundo que recreaba aquel “sueño europeo” que otrora encarnó París o Londres, y reemplazaba al “sueño americano” del gigante del norte. Con sus empresas, su sol y su mar mediterráneo, España proyectaba la idea de recuperación económica, de bienestar y de tierra prometidora, en contraste con los países en continuas crisis económicas.

Aquel excedente del “Tercer Mundo” resultó útil y “rentable” para España, tal como decía García-Nieto, y para casi toda Europa, pero no de cualquier manera. El Mercado de Trabajo necesitaba docilidad, precariedad y temporalidad. Si la economía globalizada y el neoliberalismo se ocuparon de que hubiera este sobrante de mano de obra para importar, sería el régimen de fronteras quien se ocuparía de un peculiar mecanismo de coacción para facilitar la docilidad: la irregularidad. Las fronteras no estarían del todo cerradas, algunos podrían pasar. Sería una inmigración selectiva y el

Mercado siempre podría mandar según sus necesidades. España recibía su pico de inmigración a finales de los noventa y entrado el siglo XXI, pero igualmente imitaba los modelos restrictivos que la Europa del Norte había diseñado años atrás. El Mercado mandaría siempre.

El sociólogo italiano y camarada Sandro Mezzadra se ha dedicado a analizar esta cuestión de la irregularidad en relación con el Mercado de Trabajo: ¿Los inmigrantes son población excluida o marginada? ¿O son funcionales al sistema? La figura del “inmigrante ilegal” fue creada a partir de la política de movilidad de los años setenta y constituyó el eje central de las políticas migratorias y de fronteras, resultando un aspecto totalmente estratégico y funcional. La irregularidad es una condición ambivalente y a la vez estructural que permite la explotación, y genera una aparente tensión entre las políticas migratorias y las políticas de control de fronteras. Las políticas migratorias no se orientan directamente a la exclusión de migrantes irregulares, sino a evaluar y medir en términos económicos los elementos excedentes. La irregularidad es entonces uno de los productos y a la vez condición para el funcionamiento del Mercado de Trabajo que siempre necesita de excedentes. El objetivo, tal como explica Mezzadra, no es cerrar las fronteras herméticamente, sino establecer “un sistema de diques” para producir un proceso activo de inclusión del trabajo migrante. Se trata de población excedente y excluida pero funcional para el sistema: excluidos para ser incluidos. Excedentes pero útiles. Sobran, pero no sobran porque es necesario que sobren.

Así, tal como ya intuía García-Nieto, las migraciones internacionales son un aspecto central en el capitalismo y a la vez permiten comprenderlo críticamente. No hay capitalismo sin migraciones internacionales. Las migraciones son consecuencia de la economía globalizada, pero a la vez son también el motor del capitalismo. El régimen intenta controlar o atenuar la mano de obra por medio de la irregularidad como aspecto estratégico en el funcionamiento del capitalismo y de las relaciones de clase. Esa “no-clase” que decía García-Nieto es el excedente que no es explotado, pero para explotar a otros. Allí están los inmigrantes irregulares —“ilegales” en boca de políticos de derecha y de empresarios—, quienes seguramente aceptarían un sueldo más bajo que el de los obreros sindicalizados del Estado del Bienestar. Allí están esos que intentan entrar y no pueden, esperando tu trabajo, encaramados a una valla si es necesario. Y allí están ellos, el excedente que viene del sur, recogiendo la chatarra que fue producida con los recursos de sus propios países, el aluminio de Guinea o el coltán del Congo.

García-Nieto no se olvidó de las mujeres y ya había comenzado a observar el imperialismo emocional del cual hablaron unos años más tarde las académicas norteamericanas. Detrás de las filipinas, las marroquíes, dominicanas, peruanas y colombianas, detrás de “las que sobran”, vinieron las ecuatorianas y paraguayas, brasileñas y del cono sur, y después las bolivianas a “buscarse la vida”, como dicen ellas. Y también rumanas, búlgaras y ucranianas. Y años después llegaron centroamericanas huyendo de la violencia de todo tipo. Ellas eran —y aún son— extremadamente necesarias. Primero las necesitó la burguesía para cubrir una figura que estaba en extinción: las criadas; y luego las clases medias emergentes que se compraban pisos de nueva construcción o chalés en barrios de moda para cuidar a sus bebés; y luego la misma clase trabajadora que tenían a las abuelas muy mayores y solas en casa. La imagen de una mujer latinoamericana arrastrando un cochecito, una silla de ruedas o del brazo de una persona mayor se convirtió en parte del paisaje cotidiano de todas las ciudades españolas. Allí están ellas, de noche y de día, acompañando, limpiando y cuidan-

do. Al igual que las criadas españolas de antaño, son las no-obreras, lejos del mundo sindical, sin convenio colectivo y encerradas en hogares privados donde no llegan las inspecciones y se aferra la impunidad. Ellas también son funcionalmente útiles al sistema, no solo al capitalismo, sino también al patriarcado y a un Estado que no quiso invertir en políticas públicas del cuidado. Y ellas se convirtieron, también, en las sostenedoras del capitalismo. Una migración discreta disfrazada de amor y cariño, pero que no es otra cosa que la externalización de la misma reproducción social de la que hablaba Engels, solo que a escala global.

Una población sin voz y sin poder

La población inmigrante siempre fue definida en términos negativos. “Población no-nacional”, dice la Ley de Extranjería. “Población extra o no-comunitaria”, nos dicen en Europa. “Población sin papeles”, se dice popularmente a la gente en situación irregular. Población sin voz y sin poder, y esta “no-clase” a la que también nos referimos. No pueden hablar, no pueden protestar, no pueden organizarse, no pueden ir a la huelga, no pueden negociar y no pueden amenazar, reflexionaba también García-Nieto. Los “proletarios ya no pueden unirse”. Los “no pueden”. Tampoco pueden votar, y no se pueden defender. Una población sin poder, o más bien, como se dice ahora, una población desempoderada, acallada.

No es una situación para nada metafórica ni tampoco casual. También es parte del sistema y para entenderlo basta con preguntar a nuestros vecinos, esos obreros parciales, los que colocan cables, los que suben y bajan muebles por las escaleras, los que te instalan la lavadora, o los repartidores. Recuerdo una charla con un inmigrante peruano que vino a colocar la fibra óptica a casa. Trabajaba para Telefónica en Lima y pertenecía al grupo de sindicalistas que reclamaban mejores condiciones. «Allí seguro que no te quejarás», le dijeron y le ofrecieron venir a España a trabajar para la misma empresa subcontratada. No lo dudó. También así se forja la creación de esa “no-clase” que decía García-Nieto, y no solo con las fronteras cerradas.

Con las no-políticas funcionales al sistema, se instaló también la xenofobia, el racismo y los discursos del odio. “Se instaló” es un decir, porque racismo siempre hubo, con los gitanos, los moros y con la población pobre, pero los chivos expiatorios fueron cambiando. García-Nieto ya mostraba su gran preocupación por ello y en 1992, dos años antes de morir, vio consternado por televisión la noticia del asesinato de Lucrecia Pérez, una no-obrera “sin voz” y que acabó sin vida. Lucrecia Pérez era una inmigrante dominicana de 33 años que se encontraba cenando en las ruinas de una discoteca del barrio de Aravaca en Madrid, junto a unos compatriotas, cuando recibió dos tiros por parte de un agente de la Guardia Civil, acompañado de tres adolescentes pertenecientes a grupos neonazis. Se trató del primer crimen racista en España reconocido como tal y conmocionó a todo el país. La plaza Corona Boreal de Aravaca se llenó de flores, el Congreso de los Diputados condenó los hechos por unanimidad y se organizaron manifestaciones masivas en las principales ciudades españolas en repudio al racismo, donde participaron todos los partidos políticos, sindicatos y movimientos sociales. El cuerpo de Lucrecia fue repatriado a su país natal, los autores del crimen fueron condenados y el Ministerio de Interior indemnizó a la hija de Lucrecia (que vivía en República Dominicana) con 20 millones de pesetas.

Pero la consternación por aquel terrible crimen y la reparación no aplacaron el racismo. Por el contrario, la falta de políticas sociales y de vivienda en barrios y pueblos españoles fue generando un caldo de cultivo propicio para brotes racistas que se sumaban a los discursos sobre la “inmigración ilegal”. En 1999 explotaba el conflicto en el barrio de Can Anglada de Terrassa, en el Vallés Occidental, y un año después, en el 2000, estalló el conflicto en El Ejido, que produjo tres días de manifestaciones, enfrentamientos entre población local y trabajadores de los invernaderos de origen marroquí, y también contra las ONGs que los apoyaban. García-Nieto no llegó a analizar estos hechos, pero ya había vaticinado de qué se trataba: “los proletarios ya no pueden unirse” significaba la fragmentación de la clase trabajadora provocada expreso por el neoliberalismo, encarnada en aquella famosa frase de Margaret Thatcher cuando dijo “no hay sociedad, solo hay individuos”. A la clase trabajadora le hicieron creer primero que cada uno tenía que cuidar lo propio sin importar lo que les pasaba a sus compañeros. Y luego le hicieron creer que estaba dividida en diferentes colores, identidades y culturas, y que eso era más importante y más “amenazante”. Una sola clase con distintos derechos que había dejado de ser “un sol poble”, y que empezó a mirar a los lados en vez de mirar para arriba, hacia el explotador o el patrón.

Entrado el siglo *xxi*, España se miró al espejo y comenzó a aceptar que los obreros y las sirvientas ahora venían de fuera y no solo no dejarían de venir, sino que traían a su familia. En las escuelas empezaron a verse niños y niñas de todos colores, y en los parques se oían las risas de adolescentes con otros acentos. En los libros empezó a resonar aquella famosa frase: “pedimos mano de obra y vinieron personas”. Los trabajadores y las trabajadoras “sin voz”, de manera silenciosa porque no tenían voz, traían a su familia, maridos, mujeres, hijos e hijas, y también venían hermanas, primas y cuñadas. En el mismo año 2000, mientras un foco estaba en El Ejido, se cambiaba la Ley de Extranjería para reconocer el derecho a la reagrupación familiar y se comenzó a pensar en los llamados “planes de integración”. Se instalaron mezquitas, se abrieron consejos con la sociedad civil, se conformaron asociaciones de migrantes y se contrataron mediadores interculturales. Pero igualmente, el personal de las entidades y los servicios públicos argumentaba que “no estamos preparados”. Había un miedo latente a la diversidad, al “obrero moro” y al comerciante asiático. Aunque mucha migración venía por vías legales o por reagrupación familiar, al terminar el gobierno del presidente José María Aznar del Partido Popular en 2004, había un récord sin precedentes de “inmigrantes sin papeles”. Excedentes y funcionales, pero sin voz y sin poder. Los migrantes no paraban de colocar ladrillos, pero fueron tiempos de racismo, opresión, discriminación y frustración.

Camino a la emancipación y a la plena ciudadanía

“¡Es la hora de actuar!”, decía García-Nieto en su escrito de 1992. Y lo mismo se plantearon los migrantes “sin papeles”, los excedentes y expulsados, y desposeídos por la acumulación capitalista en términos de David Harvey. Ya no tenían nada que perder. Siguiendo la lucha multifacética de los movimientos de los *sans-papiers* de Francia en los años noventa, en España también se organizaron migrantes sin papeles de la mano de movimientos sociales. Los migrantes “sin papeles” comprendieron algo importante: eran necesarios, pero también eran actores políticos. Si no tenían ciudadanía, había que hacerse con ella. Había que conquistar el derecho a tener derechos, parafraseando a Hannah Arendt.

En el año 2000, la situación estaba muy tensa. Habían sucedido los hechos de El Ejido y el nuevo gobierno del Partido Popular, presidido por José María Aznar, estaba obsesionado por la “inmigración ilegal” y el supuesto “efecto llamada”. La reciente reforma de la Ley de Extranjería (promovida por una comisión parlamentaria donde participaron todos los partidos políticos), contemplaba una regularización extraordinaria, pero más de la mitad de las solicitudes fueron denegadas. En concreto, en la provincia de Barcelona el resultado fue escandaloso, con el 70 % de rechazos. El clima fue de crispación y comenzaron los primeros encierros de inmigrantes en Almería, en la Iglesia de San José.

A comienzos de 2001, un trágico accidente pone a “los sin papeles” en el foco mediático. En la madrugada del 4 de enero, Noelio Elías León, un ecuatoriano de 46 años, pasó a recoger a sus compatriotas compañeros de trabajo con su furgoneta para ir a Puerto Lumbreras a cosechar el brócoli, como hacían cada día, en la zona de Lorca, en Murcia. Fueron arrollados por un tren y murieron 12 personas —todas ecuatorianas, ocho hombres y cuatro mujeres— que trabajaban en el campo sin contrato de trabajo. Entre ellas iba una niña de 13 años con su madre. El empresario a cargo fue castigado por la Inspección de Trabajo del Estado, pero la situación generó alarma en el sector y hubo cantidad de despidos masivos de trabajadores agrícolas “sin papeles” en todo el Estado. Doce trabajadores inmigrantes muertos y miles sin trabajo. Ya nadie los recogía en las furgonetas y autobuses. Tras una asamblea, entre 80 y 100 personas decidieron encerrarse en los locales de las iglesias de Lorca.

Mientras tanto, en Barcelona otro gran grupo de inmigrantes, la mayoría procedente de países de África, se concentraron en Plaza Catalunya durante días y decidieron encerrarse en la emblemática Iglesia de Santa María del Pi y también en la Iglesia de Sant Medir del barrio de Sants (donde décadas antes se habían cobijado miembros de Comisiones Obreras). Al igual que en la dictadura, los inmigrantes contaron con el apoyo del inestimable Mosén Vidal, párroco reconocido por su resistencia antifranquista. A los encierros de Barcelona siguieron los de Madrid, en Chaminade y en San Ambrosio en el mítico barrio de Vallecas, y también ocuparon la Oficina del Defensor del Pueblo. En Andalucía se encerraron en Almería, Lepe, Málaga y Sevilla. Y también se sumaron las principales ciudades de Euskadi, Navarra y Valencia, además de Ceuta y Melilla. En Lorca se organizó una gran marcha en la cual participaron migrantes de Ecuador, Perú, Colombia, Marruecos, Bolivia, Ucrania y Lituania, entre otras nacionalidades. Coreaban a gritos consignas seguidas de sus países, y una canción dedicada al “amigo” Aznar:

Amigo Aznar, déjanos trabajar.
Amigo español, abre tu corazón,
que con tu apoyo tendremos la solución.
Aplaudan, aplaudan, no dejen de aplaudir,
porque la solución, tiene que salir.

El enemigo estaba claro y se respiraba la fraternidad de las viejas luchas obreras internacionalistas. Desde aquel entonces, en cada manifestación se siguió coreando: “Cap persona no és il·legal” (en lengua catalana), y “de aquí, o de fuera, la misma clase obrera”. Pero toda lucha reivindicativa tiene un fin, o al menos un reposo. A día de hoy se podría decir que los encierros, las huelgas de hambre y las manifestaciones cumplieron sus objetivos: se revisaron expedientes y se incorporó la regularización por arraigo, a la cual en ese momento se presentaron más de 350 mil solicitudes. Pero había

algo más importante: los inmigrantes demostraron que eran actores políticos y que, además, tenían derechos. Eran personas.

A pesar de que hubo varios intentos y homenajes, la lucha y organización como la de aquel momento no se volvió a repetir. Unos años después vendría la crisis económica provocada por la caída de la burbuja inmobiliaria y el quiebre de Lehman Brothers, que decantaría en una larga recesión de casi 10 años. Los recortes en las políticas sociales fue lo primero que se notó, pero como siempre el neoliberalismo supo anestesiar —su *expertise* y especialidad— a la población. La problemática de los “sin papeles” y de la irregularidad ya no preocupaba tanto. Ahora preocupaba el desempleo. Y los primeros en quedarse sin empleo fueron los últimos en llegar, aquellos que habían venido a colocar ladrillos, los obreros de la construcción marroquíes y de la Europa del Este. Las mujeres continuaron limpiando, y las que no lo hacían, lo tuvieron que hacer para llevar algunos ingresos a sus hogares, mientras sus maridos hacían la cola del paro. La figura del “inmigrante ilegal” ya no asustaba. Ahora la amenaza era “el inmigrante en paro”, “el inmigrante ocioso”, “el inmigrante que cobra las ayudas”. “¿Y por qué no te vuelves?”, tenía que escuchar la gente que había atravesado desiertos en África o que había huido de la violencia en Colombia. El inmigrante se consideraba fácilmente retornable, desechable. Así, en 2009, el gobierno socialista (que con la crisis se había vuelto más social-liberal que nunca), con el señor Celestino Corbacho al frente del Ministerio de Trabajo, impulsó un programa de retorno voluntario dirigido a inmigrantes. En el metro y en las paradas de buses aparecieron carteles gigantes con el rostro de una mujer de fenotipo aparentemente latinoamericano que te “invitaba” a regresar a tu país, con el lema: “tú eliges tu futuro”. El inmigrante pasó a ser el “inmigrante Kleenex”, de usar y tirar. La inmigración ya no era un derecho, era una anomalía, en palabras de Abdelmalek Sayad. Los sobrantes volvían a sobrar.

Pero los migrantes ya habían elegido su futuro y no querían ser desechables. Se habían hecho un lugar, un círculo de amistades y un barrio: una pertenencia. Tenían a sus hijos en las escuelas, y, ante todo, estaba la dignidad. ¿Crisis? ¿De qué crisis hablas? ¡Con todas las que hemos pasado! El Plan de Retorno Voluntario del señor Corbacho fue un fracaso y apenas se adhirieron unos miles de personas (muchos más hombres que mujeres). La lucha continuaba de forma silenciosa, resistiendo. Dentro de los hogares, en los parques con los compatriotas, en las colas de los comedores, en los “rebusques”, pidiendo dinero prestado, poniendo cartelitos para limpiar... Y también en las PAH, negociando y parando los primeros desahucios. Allí estaban las ecuatorianas y colombianas en las asambleas junto a Ada Colau, defendiendo el techo de sus familias. Los activistas de las PAH decían «hoy vamos a parar el desahucio de Lucía, mañana el de Fátima y después el de Jonathan». No especificaban nacionalidades ni orígenes, y consideraban a todos por igual. Estaban invisibilizados, pero allí estaban.

En las acampadas de las plazas del 15M en 2011, cuando la crisis más apretaba, se volvió a oír aquello de “un sol poble” y se volvió a corear aquello de la misma clase obrera. Muchos jóvenes autóctonos se enteraron de lo que eran los Centros de Internamiento para Extranjeros, la desgracia de no tener un NIE (papeles) y la arbitrariedad y represión que se vivía en las fronteras, e hicieron suyas las luchas.

Pero los más de treinta años de inmigración, las fronteras, la lucha por los papeles y, sobre todo, la recesión, dejaron un importante aprendizaje. La gente estaba harta del asistencialismo y del paternalismo que suponía “acoger”, y no bastaba solo con papeles y con planes de integración. Tampoco bastaba con juntarse a comer cuscús y hablar de interculturalidad, y ni siquiera con parar desahu-

cios y “empoderarse”. Había que combatir el racismo estructural y de raíz, sin dejar resquicios para que haya chivos expiatorios, discriminaciones y exclusiones. Había que combatir el estigma del “tú no eres de aquí” y había que acabar con la explotación de empresarios usureros que ya se había cobrado tantas vidas. En definitiva, había que impedir que la diferencia y la diversidad no sigan siendo sinónimo de desigualdad. Para eso, ya no alcanzaba con la ciudadanía, había que conquistar la plena ciudadanía y abrir el camino hacia la emancipación política. Había que ser sujetos políticos “de verdad” y no solo objetos de luchas. Había que abogar por un cambio total de paradigma de la ciudadanía, dentro de un marco de justicia social.

La socióloga materialista Nancy Fraser ya había hecho varias aportaciones y advertencias en relación con un necesario cambio de paradigma. Advirtió que la socialdemocracia se equivocaría si abrazase las políticas identitarias descuidando la redistribución y señaló la importancia de un enfoque integral de la justicia social que aglutine las luchas sociales. La clave seguiría siendo la emancipación y, por supuesto, la ciudadanía. Pero la ciudadanía como forma de emancipación debe ser el punto de partida, y no un premio al “buen inmigrante” ni una meta a alcanzar después de sortear vallas, mares, carreteras, sellos, estigmas, señalamientos y obstáculos burocráticos. Si abogamos tanto por el derecho a migrar, hay que abogar también por el derecho a pertenecer, a quedarse, a no sobrar, a no ser nunca más desechable. Y para eso, siguiendo la idea de Nancy Fraser de justicia social, hay que equilibrar “las 3R”: el reconocimiento, la representación y la redistribución.

Reconocerse no es solo reconocer la diversidad y los distintos colores, vestimentas y músicas. Es registrar qué hace, por qué y de dónde viene “el otro”. Es reconocer todo el mundo como “nuestro mundo”. Es reconocer y aceptar otras cosmovisiones. También reconocer la historia en común, y la historia que nos colonizó, expolió y fragmentó, pero conocerla y reconocerla. En ese reconocimiento está la paz. Pero el reconocimiento no se puede dar sin una redistribución de recursos y de la riqueza. De nada servirá reconocerse si persiste la acumulación por desposesión del “otro”. De nada servirá el reconocimiento si la población extranjera sigue siendo la desposeída y desechable, del último escalafón de la estratificación social, con sueldos míseros en el campo o explotada limpiando hoteles o sirviendo café. De nada serviría reconocerse si no se aportan más recursos para combatir la segregación escolar, y de nada serviría reconocerse si las familias migrantes se quedan sin vivienda o no les atienden en el ambulatorio. El racismo tiene más que ver con los recursos que con el color de la piel. Pero tampoco se podrá acceder a recursos sin representación, sin ser sujetos políticos. Se trata de recursos y servicios básicos, no de mero asistencialismo. Los y las inmigrantes —ya lo han demostrado en numerosas ocasiones— son parte de la transformación social. Han traído un cambio, nos han advertido de cómo va el mundo, nos han enseñado que el mundo es uno solo y nos han explicado cómo funciona el mundo. La representación, y fundamentalmente el derecho al voto y a ser votado, es una herramienta de diálogo y de inclusión, es lo que garantiza verdaderamente la emancipación política. No habrá reconocimiento pleno sin representación, y no habrá reconocimiento pleno sin redistribución. Este debe ser el nuevo paradigma: ampliar el demos, con un enfoque en la justicia social, y romper con el “nosotros-ellos”. ¿Y cómo lo llamamos a esto?, se preguntaría nuestro querido Nepo. “¿Qué nombre tendrá este intento?” Pues igual que lo han llamado siempre e igual que él lo imaginó. Se trata de un socialismo emancipatorio. No hay que inventar nada nuevo: reconocer, representar y redistribuir. La historia de las migraciones de la globalización nos enseña que no hay que renunciar al camino de la emancipación.